Roberto Arlt

La química de los acontecimientos:

Crónicas y columnas desde Chile

EDICIÓN DE FELIPE REYES F.

Índice

Prólogo 7

Escritos sobre política

Nerviosidad de la política chilena 31
Estructura política de Chile 36
Magnitud de la voluntad contrarevolucionaria 41
Déficit de salario y alimentación 46
Panorama global de la economía chilena 50
Chile a través de un aristócrata 55
El terrorista Hess aterrorizado 61
Tierras fecundas para el ocultismo 65

Escritos sobre literatura

El arte crepuscular de Chela Reyes 71
Muñecos de aserrín 75
"Escritores jóvenes de la América hispana" 79
Seguirán jugando al Truco 83
Hombres felices en 1960 86
Aventura sin novela y novela sin aventura 90
Confusiones acerca de la novela 94
Retratos 98
Irresponsabilidad del novelista subjetivo 101
Literatura sin héroes 105

Prólogo

LA QUÍMICA DE LOS ACONTECIMIENTOS

por Felipe Reyes F.

"Trabajando para conseguir el dinero o el poder o la gloria no se aperciben que se va acercando la muerte".
R. Arlt, *Los Lanzallamas*

1940 fue un año difícil para Roberto Arlt, el fin de un ciclo, un tiempo marcado por el dolor y la muerte: había concluido legalmente su matrimonio con Carmen Antinucci –quien muere de tuberculosis ese mismo año–; Mirta Electra, su hija de quince años, se había fugado con un capitán de aviación mucho mayor que ella, con el que se casó y pronto se separó antes de cumplir veinte, y "Vecha", su anciana madre, le pronosticaba un futuro sombrío y lo reprendía con sermones religiosos. En medio de ese vendaval, el escritor se enamoró de Elizabeth Shine, secretaria de la editorial Haynes –que albergaba a la revista *El Hogar*, *Mundo Argentino* y el diario *El Mundo*, en el que Arlt escribía desde 1928–, pero sus nervios comenzaban a erosionarse y a poco andar el nuevo vínculo iba tornándose conflictivo. La máquina vital no le daba respiro: se ocupaba de

la economía de su exesposa, de su hija y de su madre. "El sueldo de *El Mundo* no resuelve todos sus compromisos, a pesar de que lleva una vida modesta", aseguró su colega Raúl Larra.

En marzo de ese mismo año, el Teatro del Pueblo –que montó casi la totalidad de su dramaturgia– había estrenado su obra *La fiesta del hierro* y, a pesar de los siempre escasos billetes de la escritura, Arlt decidió dividir sus derechos de autor en dos partes: una para su hija Mirta y la otra para Elizabeth, pues la esperanza de obtener una fortuna y resolver los apremios económicos con sus proyectos industriales, a los que le dedicaba tiempo y energía, permanecía intacta. "Inventar es para Arlt condición divina: inventando, el hombre se asemeja a dios. Inventa sueños y sueña inventos", dijo también Larra.

Buscando un paréntesis, una distancia necesaria que le permitiera ordenar la confusión de sus días, Arlt le pidió a Carlos Muzio-Sáenz Peña, director de *El Mundo*, hacer un viaje a Chile y despachar a Buenos Aires artículos sobre el devenir cotidiano local. Los temas serían la contingencia humeante, el acontecer político y social, los fundamentos de la férrea oposición y los obstáculos en el camino del nuevo Frente Popular, con Pedro Aguirre Cerda a la cabeza del gobierno desde 1938, quien había puesto en marcha uno de los ejes de su programa presidencial, decretando: "Para que la enseñanza pueda cumplir su misión social con toda amplitud es necesario que sea: gratuita, única, obligatoria y laica".

En esa época, con la prensa escrita convertida en un medio de masas, los diarios enviaban a sus cronistas a recorrer otros mundos. El reportero dedicaba amaneceres y sobremesas a desentrañar personajes, vínculos y filiaciones. Después de unos cuantos días tenía suficientes historias en la libreta de anotaciones y, sobre todo, en la retina. Así, el corresponsal se

diluía para tender puentes entre culturas mientras los lectores de la gran ciudad compraban diarios y revistas de a cientos y a miles, para informarse y viajar con la imaginación. Arlt conocía de sobra los rigores del oficio periodístico: "pergeñar notas para ganarse el puchero", decía, "acosado por la obligación de la columna cotidiana"; había tecleado en "redacciones estrepitosas", en las que alternaba su trabajo periodístico con las piezas literarias que componía en el solitario horario nocturno para alimentar esa inmensa e insaciable boca que es un diario. A sus cuarenta años de edad, ya había conocido el reporteo callejero; el vértigo y el prestigio que significaba tener una muy leída columna en un periódico de gran tiraje como *El Mundo*, sobre sus recorridos por Buenos Aires, para luego transformarse en un cronista viajero que iba variando su adjetivación para dar cuenta de nuevos rumbos como la Patagonia, Uruguay, España y Chile. El día que se publicaba, "*El Mundo* aumentaba su tirada, se vendía casi exclusivamente por las notas de Arlt", atestiguó Raúl Larra.

Finalmente, el director de *El Mundo* aceptó la propuesta de su cronista más leído –por eso, él mismo se ocupaba de corregir los textos de Arlt–, de ese hombre obsesivo al que solía presentar en las visitas a la redacción como: "El atorrante Arlt. Un gran escritor".

"LA NECESIDAD DE ALGO HERMOSAMENTE SERIO"
(Los días de Arlt en Chile)

Con el corazón herido, dominado por la confusión, arrastrando con dificultad la implacable cadena del amor atada a uno de sus tobillos, Arlt inició su viaje rumbo a Santiago, a

esa ciudad de "abandono y miseria" que rastreará al otro lado de la cordillera. "Se había peleado conmigo y quería irse. Nos seguíamos peleando por carta", dijo Elizabeth Shine décadas después en una entrevista publicada por el diario argentino *La Nación* en 1999, tenía 86 años y vivía en un hogar de ancianos en el barrio de Villa Devoto en Buenos Aires, y agregó: "Los dos éramos terriblemente celosos. Antes de que saliera para Chile, yo le aclaré que no tenía vocación de Penélope y él se puso furioso. En realidad había comenzado un pulóver, pero no tenía intención de terminarlo y empezarlo de nuevo… A veces él me pegaba en la calle, pero yo le devolvía. Cuando se fue a Chile, quería hacer un viaje largo, quería librarse de mí. Sufríamos mucho. Era un sufrimiento, pero también era una necesidad estar juntos. Era un amor a pesar de nosotros".

Arlt llegó a Santiago en diciembre de 1940, acosado por el delirio y los "impulsos que retuercen al hombre", como dijo él mismo, de los que no logró librarse. Era un ímpetu desbocado que lo traicionaba. En su novela *El juguete rabioso*, había escrito un presagio posible de la catástrofe y la esperanza: "Podía hacer lo que se me antojara... Matarme si quería... Pero eso era algo ridículo...Y yo...Yo tenía necesidad de hacer algo hermosamente serio, bellamente serio: adorar a la vida".

En esa entrevista de *La Nación*, Elizabeth reconstruyó los arrebatos del escritor: "Un día fui a trabajar y encontré unos sobres escritos con su letra y dirigidos a amigos de la redacción. Era temprano. Todavía no había llegado nadie. Me apropié de ellos y los abrí: decía cosas espantosas sobre mí, incluso intimidades. Hice desaparecer las cartas y al rato me avisaron que tenía una llamada de larga distancia. Era él desde Chile que me decía arrepentido: 'Hice una gran macana, les mandé unas cartas a esos piojosos, sacáselas, que no las vayan a leer'".

En Chile, Arlt "trabaja directamente sobre la interpretación de la noticia; escribe con un estilo de una amplitud desconocida: usa la primera persona para hablar sobre todo y por todos, y discrimina el uso de la palabra como si estuviera inventando una lengua. En Arlt abundan las observaciones sobre las modalidades lingüísticas y las convenciones verbales: el periodismo es siempre una teoría del lenguaje", dijo Ricardo Piglia sobre su escritura de prensa, y con ese pulso desmenuzó la coyuntura política del Frente Popular como un renegado que escruta una ciudad ajena, con la desolación a cuestas. También escribió cartas: en una dirigida a su madre, le dice: "Yo bien, trabajo mucho y estudiando más, pues nada conocía y me imaginaba de un país como éste. Está a un paso de la Argentina y por su abandono y miseria es peor que África. La capital, un barrio de Buenos Aires, la Boca o Mataderos. Para nosotros los argentinos que traemos dinero la vida es barata, pero para los nativos es sumamente cara. La ropa cuesta como en BA y los sueldos máximos son de 200 pesos. Una sirvienta gana en la capital 10 por mes. Aquí en Santiago vive Raúl González Tuñón con quien me veo frecuentemente y que es un muy grande amigo y muy buen muchacho".

En otra carta le contó del alivio cardiaco que sentía en estos lares: "Todos los trastornos que padecía del corazón se han pasado, lo que me hace creer que esos trastornos no eran del corazón sino de origen gástrico, provocados por los mejoradores químicos que en la Argentina los panaderos le echan al pan. De otra manera no se explica cómo es posible que aquí pueda tomar vino, comer comida con salsas y no sufrir absolutamente nada ni del estómago ni del corazón".

La respuesta de la madre no se hizo esperar, ella le dijo que no se aleje de la religión y que no se olvide de su hermana muerta: "Mi querido Roberto: No me siento nada bien y quiero

decirte una cosa antes de morir. Te ruego para el bien de tu alma, para tu salvación, buscate un fraile o un cura y confesate y comulgá... Roberto, no tires esta carta y pensá que en lo que te digo está la salvación, acordate lo que te dijo Lila antes de morir... Roberto, tenemos que volvernos a ver pues Lila está en el Cielo con los Santos".

Instalado en Santiago, Arlt esperaba encontrar consuelo y distracción a sus tormentos amorosos, a sus dudas y temores, escribiendo. Aferrándose a su labor como única tabla de salvación frente a un naufragio inminente, como cualquiera de sus personajes, con esa añoranza disgustada, con el fracaso permanente de la búsqueda de un sentido, y tal como ellos, volvió a esa mujer idealizada, como las que habitan en sus cuentos y novelas. Sin ella el mundo era disputas y rencor lunfardo, argucias y culpas y sentimentalismo de arrabal, como en un tango de Alfredo de Angelis.

Pronto Arlt descubrió la hebra del acontecer político local y sus bifurcaciones, las que se esmeró en comprender: observaba, escuchaba, leía, anotaba. Cruzó el centro de Santiago, se acercó a la redacción del diario *El Siglo* –en la calle Moneda esquina Mac-Iver–, en busca un antiguo amigo y compañero de sus tiempos como reportero policial en el diario *Crítica*, el poeta Raúl González Tuñón, "el pichón de Argentina", radicado en Chile. Luego de su paso por España en los medios republicanos *La Nueva España* y *El Diario*, donde había conocido a García Lorca, Alberti, Machado, Hemingway y Dos Passos. Al caer la República, González Tuñón había abandonado la península para volver a Sudamérica con sus amigos Neruda y Delia del Carril.

En Chile, el poeta argentino retomó el periodismo, el ejercicio permanente de la columna de opinión, el reporteo de las

luchas obreras, pero también la poesía, escribiendo lo que luego sería su libro *Himno de pólvora*, publicado en 1943: "poemas civiles" –como él mismo los llamaba– sobre viajes, barrios de París, Buenos Aires y Nueva York; pueblos cordilleranos o de la Patagonia, personajes del circo, oscuros tugurios, marineros, hampones y contrabandistas, o sobre acontecimientos políticos y sociales. "Escribir poesía combativa era escribir a la sombra de Raúl González Tuñón, el Rubén Darío de la poesía social", declaró alguna vez Octavio Paz. En *El Siglo*, el poeta alimentaba las columnas "De sol a sol" y "El diablo cojudo". Junto a Neruda –y otros escritores– fundó la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura, a semejanza de la que existía en Valencia, Barcelona y París, y cuyo primer presidente fue el novelista Alberto Romero. En sus memorias, *Visto y vivido en Chile*, el escritor peruano Luis Albero Sánchez recordaba que los dos poetas "enseñaron por todo Chile a saludar con el puño derecho cerrado; a cantar 'La Internacional'; 'La Carmañola' y la tonada de 'Los cuatro muleros' con letra en alabanza del Quinto Regimiento, que era el de los comunistas".

Junto a Amparo Momm, su pareja, González Tuñón compartía una amplia vivienda en Ñuñoa, en Irarrázaval al llegar a Pedro de Valdivia, con su inseparable Neruda y Delia del Carril. La casa "recibía torrentes de visitantes. Se bebían semanalmente hectólitros de vino –atestiguó Luis Alberto Sánchez–. Derrochaban algunas cantidades respetables de cordero, chancho, pasteles de choclo, langostas, jaibas, erizos, ostras, locos, cholgas, pollos, centollas del sur, qué sé yo". En sus memorias, Sánchez recuerda al poeta argentino y a su compañera en las veladas de la casa de la calle Irarrázaval: "González Tuñón parecía gitano, ardoroso, arbitrario cañí. Había en él mezcla de romanticismo y vanguardismo estimulante. Discutía y fumaba

como un condenado. Su mujer, Amparo Momm, tenía también aspecto de gitana. Morena, turgente, de una sonrisa natural, entusiasta, competía con Delia en poner orden a esos dos poetas y su corte luzbeliana, y sus excesos báquicos".

Para ese reencuentro santiaguino con su amigo González Tuñón, Arlt llevaba bajo el brazo el manuscrito de su libro inédito de relatos *El criador de gorilas;* quería publicarlo, confiaba en su amigo, sabía que él lo orientaría y lo pondría al tanto de la vida cultural de esta ciudad ajena. En la redacción conoció al escritor Volodia Teitelboim, uno de los fundadores del periódico, quien estaba al tanto de los sólidos antecedentes literarios del escritor y periodista argentino quien para entonces ya había publicado novelas, cuentos, obras de teatro y los volúmenes de sus *Aguafuertes* porteñas y españolas.

Las visitas a la redacción de *El Siglo* se hicieron habituales. Arlt llegaba por las tardes, al final de la jornada, comentaba sin reservas su trabajo del día, sus colaboraciones para *El Mundo* –sus "Cartas de Chile", en las que analizaba la estructura política del país, el déficit de salario y alimentación, además de un par de obras literarias locales como la de Benjamín Subercaseaux y Chela Reyes, citando erróneamente el nombre de una de sus obras–. También permanecía atento a los cables internacionales, seguía el ascenso en Europa del nacismo y su rastro infame; en columnas como "El terrorista Hess aterrorizado" o "Tierras fecundas para el ocultismo" se detiene en algunos de sus singulares personajes, los vínculos entre la astrología y la doctrina nazi que imprimía su sello de muerte.

Arlt hacía preguntas, ataba cabos, establecía vínculos y filiaciones. Fue testigo y registró, cuestionó, increpó a los que levantaban objeciones y conspiraban contra el gobierno de Aguirre Cerda: "los grandes terratenientes, financieros,

industriales y políticos de significación afectados en sus intereses por el nuevo régimen", y aseguró que "pondrán sus esperanzas en un pronunciamiento cuartelero", anota en la crónica "Estructura política de Chile", en la que presume que dichas agrupaciones "estarían organizando clandestinamente brigadas de choque". En "Chile a través de un aristócrata", fustigó sin rodeos lo expuesto en *Chile o una loca geografía* de Benjamín Subercaseaux; para Arlt "un libro que es lo suficientemente superficial para merecer el elogio de sus contemporáneos", objetando el Premio Municipal de Santiago que había obtenido la obra ese mismo año (Gabriela Mistral, certera, había advertido a Subercaseaux: "Van a zarandearlo por la gruesa columna de reparos que levanta en frente de la chilenidad"). Arlt alude a "la frivolidad de proporciones increíbles" del análisis del escritor chileno. "Dudo que haya país Sud Americano donde las masas hayan sido más explotadas, hambreadas, masacradas y calumniadas que las masas proletarias de Chile. Albergándose cuando pueden en un conventillo que nos recuerdan las más salvajes descripciones gorkianas, semidesnudos, estos tremendos desdichados han tenido que soportar sobre sus espaldas una sociedad que engendra literatos como Benjamín Subercaseaux, banqueros como Edwards, financieros como Ross Santa María políticos como Alessandri, es decir, los arquetipos más ferozmente enemigos del pueblo que pueda soñarse para castigo mismo", y concluye: "hay momentos en que el lector que conoce Chile se queda dudando si el libro que lee versa sobre Chile o sobre un país imaginario". Arlt impugna el triste retrato de Subercaseaux amparado en el estudio *La realidad médico social chilena* (al que también le cambia el nombre), del entonces ministro de Salubridad del Frente Popular, el médico Salvador Allende, publicado poco tiempo antes, una fuente veraz

sobre la miseria, el maltrato y el despojo hacia los más pobres. Teitelboim también recordaba que cada vez que él debía ir a la cárcel a ver a sus camaradas, "Arlt quería venir conmigo, le gustaba visitar encarcelados y me contaba de sus visitas a la Penitenciaría de Las Heras, donde había visto cómo fusilaban a Severino Di Giovanni".

En algún escritorio desocupado de la redacción, junto a un café, Arlt exponía su carpeta con hojas mecanografiadas que daban cuenta de su lucha cotidiana con la forma: "Para que vea que no macaneo. Sabe, a mí me gusta retorcerle el cogote a las palabras", decía el argentino. "Escribía con faltas de ortografía; pero respetaba las palabras", recordó años después Teitelboim. Arlt había zanjado cualquier acusación semejante en el prólogo de su novela *Los Lanzallamas*: "Se dice de mí que escribo mal. Es posible. De cualquier manera, no tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de su familia. Para hacer estilo son necesarias comodidades, rentas, vida holgada. Pero por lo general, la gente que disfruta de tales beneficios se evita siempre la molestia de la literatura". Onetti va más allá, lee los acordes arltianos como la manifestación de una corriente (o un vendaval) interior: "la prosodia arltiana era la sublimación del hablar porteño: escatimaba las eses finales y las multiplicaba en mitad de las palabras como un tributo al espíritu de equilibrio que él nunca tuvo".

"EL VÉRTIGO DE UNA CIUDAD DESCONOCIDA"
(Su libro en el Frente)

El criador de gorilas apareció a fines de marzo de 1941 en editorial Zig-Zag. Reunió las experiencias que vivió Arlt en 1935

durante un viaje a España y algunas ciudades del norte de África como Tetuán, Tánger y Ceuta. Difuminando los contornos del relato y la crónica, Arlt cede el primer plano a un conjunto de quince textos ambientados en esas tierras; proverbios, traiciones y venganzas, la irracionalidad de la mirada occidental sobre algunos rincones de ese continente. Civilización y barbarie activan la voz de los personajes y sus crudas experiencias. La huella de la esclavitud, el tráfico de armas, el contrabando, la codicia humana, la falta de escrúpulos de militares españoles, los celos, los odios que no se atenúan, las delaciones y dilemas morales presentes en toda su obra. Los testimonios reconstruyen un mundo ajeno que Arlt describe como un testigo presencial. "El que escribe es un extranjero, un recién llegado que se orienta con dificultad en el vértigo de una ciudad desconocida", escribe Piglia en el prólogo de los "Cuentos Completos" de Arlt.

Vértigo que desaparece en el tono seguro de su indagación de la maraña política local. "A partir de su viaje a España y a África, en 1935, Arlt tiene una intervención más política desde sus notas, escritas al calor de los acontecimientos internacionales y dejando de lado ya a la crónica costumbrista, que fueron sus aguafuertes porteñas", afirma Sylvia Saítta, su biógrafa, autora de *El escritor en el bosque de ladrillos*.

Chile se sacudía el segundo gobierno de Alessandri Palma y el devastador terremoto de Chillán. Después de la república socialista de Grove y la insurrección de la marina en 1931, todo volvió a la sombra de la derecha. Terminando la década, a la llegada del Frente Popular al gobierno, la mitad de los santiaguinos pobres vivían en esos conventillos descritos por Alberto Romero y Nicomedes Guzmán en las novelas *La mala estrella de Perucho González* y *La sangre y la esperanza*. La capital era una ciudad de algo más de novecientos mil habitantes que

comenzaba a extenderse hacia los cuatro puntos cardinales. El promedio de vida no pasaba de los cuarenta años y la mortalidad infantil era aterradora. Los partidos de izquierda habían echado a andar el Frente Popular local cuyo abanderado era un hombre de clase media que prometía "pan, techo y abrigo" y lo subrayaba con una sentencia, acaso un aforismo: "gobernar es educar".

Los Frentes Populares habían fracasado en España y Francia, pero en Chile este proyecto político obtuvo una ajustada victoria electoral en la elección presidencial de octubre de 1938 (con el 50,45%), como estandarte y baluarte de las capas medias, la masonería y los laicos, y ampliando su base en los movimientos populares y obreros, atendiendo sus demandas laborales y, en el ámbito cultural, fortaleciendo la labor del Departamento de Extensión Sociológica y Cultural, creado en 1932 al alero del recién inaugurado Ministerio del Trabajo. Dirigido por el escritor y periodista Tomás Gatica Martínez (ex-director de la revista *Zig-Zag*), este departamento estaba dividido en cuatro áreas: la Sección "Docente", dirigida por Joaquín Edwards Bello, organizaba cursos gratuitos de formación sindical y leyes sociales, pero también sobre temas culturales o de sicología y sociología. La sección "Biblioteca", a cargo de Neruda, organizaba la catalogación de las publicaciones y la formación de bibliotecas itinerantes en sindicatos y gremios. En la sección "Espectáculo", el dramaturgo René Hurtado Borne, asesorado por Antonio Acevedo Hernández, promovía el teatro obrero popular, con funciones gratuitas semanales en los lugares de trabajo. Y en la sección "Propaganda", Tomas Lago se encargaba de divulgar las actividades del Departamento, y programaba los cursos y conferencias semanales para niños y adultos sobre biología, moral, historia, literatura y arte. Acción y entramado que operaban

como un órgano de política cultural del Estado dirigido a los trabajadores y a los sectores populares, dignificando la cultura obrera. La Universidad de Chile abría sus aulas al público a través de las Escuelas de Temporada con sus salones, teatros y otros espacios adecuados para ello. Y la Biblioteca Nacional abrió un servicio nocturno para facilitar el acceso a la lectura a los ciudadanos que por sus horarios de trabajo no podían asistir al establecimiento en su horario diurno. La nueva sala fue bautizada con el nombre del fundador de la Sociedad de Artesanos, Fermín Vivaceta, y estaba abierta al público de lunes a viernes desde las 20:30 hasta las 23:00 horas. Por entonces, Santiago también era el refugio de políticos sudamericanos y de intelectuales perseguidos por las dictaduras que asolaban el continente; a los que se sumó la inmigración española que a bordo del Winnipeg había escapado de la derrota de la república española y había encontrado en Chile un nuevo hogar.

En ese contexto iban apareciendo las obras de esos nuevos autores que nutrirían la llamada "Generación del 38"[1], a quienes la cuestión social los conmovía y era la materia prima de sus narraciones, empeñados en desmarcarse de la oficialidad criollista embelesada en el paisaje campesino; tramas y retratos de huasos zonzos bajo un sauce llorón junto al estero,

1 En 1938 Miguel Serrano –uno de sus miembros– publicó la *Antología del verdadero cuento en Chile*, y en su prólogo rechazó enfáticamente una literatura como expresión de una clase social y, específicamente, proletaria. Declaración que produjo una réplica de Nicomedes Guzmán en su selección *Nuevos cuentistas chilenos* (1941), en la que se aventuró en la definición de una estética generacional, una "conciencia artística al servicio de la sociedad", y admitió que no toda literatura "puede ser intrínsecamente social", pero ante la necesidad de proponer una definición cita a Augusto D' Halmar –de la generación anterior–, quien afirmara: "El arte es la vida misma; por eso, hablar del pueblo y de sus anhelos es hablar de nosotros mismos".

en faenas campesinas narradas por ojos de ciudad y manos de escritorio. Un fondo y una forma que comenzaba a extinguirse en narraciones tributarias de una época de transformaciones, que se ocupaba de las precarias condiciones laborales de los mineros del cobre o los empleados públicos; de la vida en los cités y conventillos de la ciudad, de sus formas de expresión, de la explotación y el abuso de poder o la tortura psicológica de la vida militar a la que accedían los jóvenes más pobres de la periferia urbana y zonas rurales, atendiendo el reclamo que hacía Joaquín Edwards Bello: "En Chile, donde se escribe tanta historia, hasta llegar a no saberse nada, hacen falta muchos novelistas que nos digan algo de la vida íntima, o de la sub-historia. Es preciso conocer no solo la copa del árbol, sino también las raíces".

Arlt, por su parte, ya había hecho un camino propio como narrador en la urbe, al igual que esa nueva generación de escritores chilenos había ido en la dirección contraria a la tendencia dominante de sus contemporáneos argentinos atados al monolito de la literatura gauchesca, que hacían del mundo rural y sus avatares el escenario de sus obras; de esas ficciones que transcurrían lejos de esa metrópolis –Buenos Aires– que en las primeras décadas del siglo XX bullía de inmigrantes de todas las procedencias. Arlt, hijo de inmigrantes, se movió a sus anchas –como sus personajes– por la ciudad, labrando una escritura que le dio título de propiedad literaria. En el hormigueo y el murmullo permanente, él disfrutaba "los extraordinarios encuentros de la calle. Las cosas que se ven. Las palabras que se escuchan. Las tragedias que se llegan a conocer. Y de pronto, la calle, la calle lisa y que parecía destinada a ser una arteria de tráfico con veredas para los hombres y calzada para las bestias y los carros, se convierte en un escaparate, mejor dicho, en un

escenario grotesco y espantoso donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan su zarabanda infernal", goce descrito en "El placer de vagabundear".

El último día de 1940, Teitelboim se dirigió al Correo Central, necesitaba despachar una carta urgente. Atravesó a paso firme la Plaza de Armas, la que comenzaba a desocuparse frente a la inminencia de la celebración de año nuevo. En un escaño, un hombre de sombrero calañés lloraba desconsoladamente. No parecía un pordiosero o un cafiche. Volodia se detuvo, se acercó, era un rostro conocido, era el mismísimo Roberto Arlt que secaba sus lágrimas con un pañuelo blanco. Se sentó junto a él, trató de consolarlo; Arlt entre sollozos mencionó que también volvía del correo, y enseguida murmuró una frase sobre las cadenas del amor que al tratar de romperlas despedazan al hombre por dentro. Un par de horas antes había enviado a su hija en Argentina una sentida carta en la que le explicaba el espinoso sentimiento que lo poseía, y que ni la distancia lograba apaciguar; escribió: "Elizabeth y yo, como siempre, lágrimas y sonrisas, besos y patadas. Como de costumbre, somos la piedra del escándalo de las honradas pensiones. Es el amor".

Su escape a este lado de la cordillera no dio resultado. La ausencia de esa mujer lo corroía. Arlt le pidió a Elizabeth que viajara a Chile para reunirse con él y empezar de nuevo. Ella aceptó. Llegó a Santiago, y a los pocos días viajaron a Puerto Montt y luego cruzaron a la isla de Chiloé. En la entrevista en el asilo de ancianos de Villa Devoto, Elizabeth recapituló aquel viaje: "En Puerto Montt fuimos a ver la película *La bestia humana* y en la oscuridad del cine sentimos un gran olor a pescado. Cuando se encendieron las luces advertimos que nos rodeaban indios mapuches que habían visto el film descalzos.